

paración a la vida seria. En el momento de nacer, la mayor parte de los instintos heredados no están suficientemente desarrollados, sobre todo en los animales superiores y en el hombre, para llenar de un golpe su misión: es preciso aún que estos instintos sean ejercidos o completados por nuevas adquisiciones. Esta tarea está encomendada al juego. Así como para ser un buen pianista han de haberse hecho escalas, asimismo, para ser un buen adulto, hay que haber sido joven.

En los animales inferiores está, sin duda, reducida esta preparación a su más sencilla expresión; no creo yo que la ostra pequeña tenga necesidad de jugar mucho para llegar a ser una ostra cumplida. Pero a medida que el animal se eleva en la escala zoológica, el aprendizaje es más largo. Hay que haber "conejeado" cierto tiempo para llegar a ser un conejo perfecto; hay que haber "gallineado" algunos meses para ser una buena gallina o un buen gallo; hay que haber hecho muchas "cabriolas" para ser una buena cabra o una gamuza digna de ese nombre. Es necesario, también, que nuestros niños hayan jugado bastantes años al hombre o a la mujer para que sean luego verdaderos hombres o mujeres. Puede decirse, pues, con Groos, *que el animal no juega porque es joven, sino que es joven para poder jugar.*

Ya varios autores, antes que Groos, habían presentido esta función del juego, entre otros, Souriau; pero el primero en apreciarlo en su conjunto y en formular claramente su alcance biológico, ha sido el psicólogo alemán. Esta nueva concepción es, a mi parecer, de una importancia capital para la psicología y la pedagogía; trataré de demostrarlo en el siguiente párrafo.

Hay que reconocer, sin embargo, que el ejercicio preparatorio de los instintos no es el móvil de todos los juegos, como ha demostrado justamente Carr, un autor americano; el juego tiene una utilidad biológica más extensa. Procura al organismo, entre otras cosas, el estímulo que le es necesario para el crecimiento de los órganos. Como han hecho notar los sabios que se ocupan del problema de la variación de las especies en el curso de la evolución, los elementos que forman el cuerpo del animal no proceden todos de la célula madre que le ha producido, sino que muchos son suministrados por el mundo exterior. El desarrollo del individuo es el resultado, a la vez, de las determinaciones de la naturaleza, aún misteriosa, que le han sido transmitidas por la herencia, y de la acción del medio ambiente. (Por esta razón, la variación de ambiente puede tener una repercusión en la morfología del animal, regresión de los órganos que eran útiles, desarrollo de los órganos estimulados).

Pero volvamos al papel del juego como estimulador del crecimiento, sobre el sistema nervioso, por ejemplo. En el momento de nacer, los centros nerviosos están lejos de haber adquirido su estructura definitiva: el cerebro, especialmente, no está todavía en estado de funcionar. Un gran número de fibras nerviosas de este órgano no han adquirido aún su vaina de mielina, es decir, la cubierta gaseosa que las aislará unas de otras, como la cubierta de gutapercha aísla los hilos de nuestras instalaciones eléctricas; cuando no tienen mielina no pueden funcionar. La estimulación de estas fibras es